

ral eran inminentes; y los Estados del Este iban entibiándose poco á poco desde que, llevada la guerra al seno de la Carolina, sus costas no estaban ya amenazadas.

En 14 de setiembre de 1781 Washington se hallaba en el cuartel general de La Fayette, en Williamsbourg, y tomaba el mando del ejército combinado, teniendo á sus órdenes al general Rochambeau. Cornwallis se vió precisado á encerrarse y fortificarse en York-Town. Los franceses y norteamericanos pusieron sitio á la plaza, en número de 18,000 hombres. El general inglés solo tenía 7,000 soldados para defenderse. La plaza era débil, en términos que, en 16 de setiembre Cornwallis escribió á Sir Henri Clinton: «La ciudad no se halla en estado de defensa. Si no podeis socorrerme lo mas pronto posible, preparaos para recibir malas noticias.»

En 1.º de octubre la plaza estaba circunvalada; la escuadra francesa habia suministrado cincuenta cañones de grueso calibre y diez y seis morteros. Rivalizando así los norteamericanos como los franceses, en valor y arrojo, el dia 14 del propio mes tomaron al asalto dos reductos; y en el dia 18, los ingleses tuvieron que rendirse, quedando las fuerzas de tierra prisioneras de los Estados Unidos, y las de mar prisioneras de Francia.

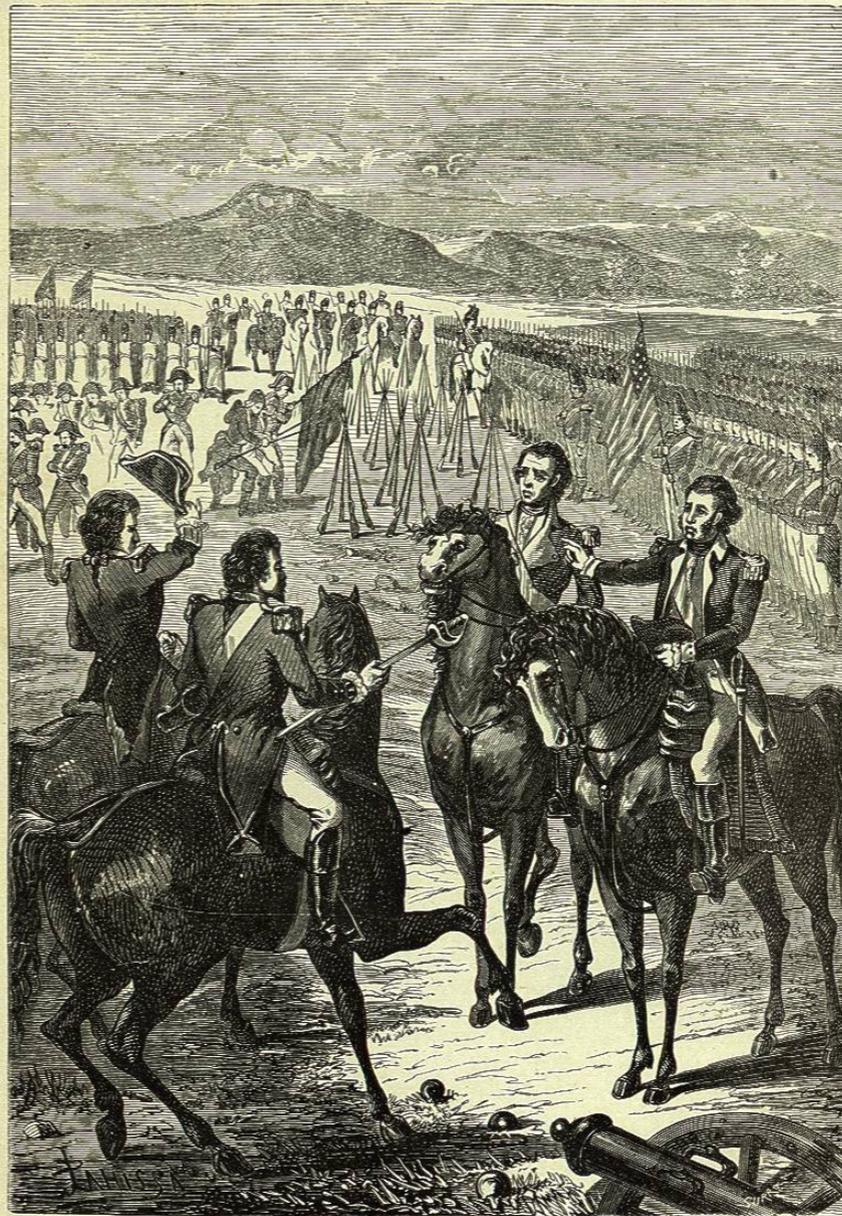
Washington evitó toda esterilidad inútil, y suprimió toda manifestacion de regocijo público; el éxito lo era todo para él. Los ingleses desfilaron, saludando cortesmente á los oficiales franceses, y mirando con ojo altivo á aquellas rudas milicias que esta vez les habian vencido¹.

¹ Según la tradición norteamericana, tradicion que conserva un cuadro colocado en el Capitolio de Washington, el general Lincoln, el vencido de Charleston, debió de ser quien recibió la espada de lord Cornwallis. Las Memorias de los oficiales franceses describen de distinta manera aquella escena.

Rochambeau dice: «Como que lord Cornwallis estaba enfermo, el general O'Hara desfiló al frente de la guarnicion. Al llegar, me presentó la espada, y yo le señalé con la mano al general Washington que estaba enfrente de mí, y á la cabeza del ejército norteamericano, diciéndole al propio tiempo, que siendo el ejército francés auxiliar en el continente, tenia que dirigirse al general americano para de él recibir órdenes.»

Mathieu Dumas, en sus interesantes Memorias es mas esplicito. (Memorias de Mathieu Dumas. Paris, 1839, tom. I, pág. 89):

«Yo fui encargado de ir á recibir las tropas de la guarnicion y de dirigir la columna, y me coloqué á la izquierda del general O'Hara. Al acercarme á las trincheras, éste me preguntó á dónde estaba el general Rochambeau. — «A nuestra izquierda, le dije, á la cabeza de las filas francesas.» — El general inglés espolé á su caballo, apresurándose á presentar la espada al general francés. Presintiendo su intencion, partí al galope para interponerme entre él y M. de Rochambeau, quien, en el acto, me señaló con un gesto al general Washington, que se hallaba enfrente de él, á la cabeza del ejército norteamericano. — «Os equivocais, dije al general O'Hara, el ge-



CAPITULACION DE CORNUALLIS.

«Ha sido sumamente noble el trato que hemos recibido, escribía lord Cornwallis á Chatham. Y en particular, la bondad y las atenciones que nos han prodigado los oficiales franceses, su delicadeza, la generosidad y solicitud con que nos han ofrecido dinero, así en público como privadamente, escede á toda ponderacion. Espero que ese recuerdo no se borrará jamás de la memoria de ningun oficial inglés, si por los azares de la guerra cae en su poder algun soldado de Francia.»

Despues de la capitulacion de lord Cornwallis, concluida estaba ya la guerra de América, á lo menos por lo que se refería á las operaciones militares. Inglaterra no podia continuar en una senda erizada de peligros y sacrificios, sobre todo, habiendo tomado tantas proporciones los resentimientos contra ella en toda la Europa. Por eso en 1779 Washington escribia á La Fayette en los siguientes términos: «Confío en que nuestra tierna y generosa madre recibirá lecciones bastante severas para quedar fielmente convencida, ella y todos los tiranos del mundo, de que la mejor y única senda que conduce infaliblemente al honor, á la gloria y á la verdadera dignidad, es la justicia.»

Asimismo lo comprendió lord North. Al saber la capitulacion de York-Town, segun dice un contemporáneo, lord Germaine, secretario de Estado, experimentó tal sacudida con la noticia, que no parecia sino que una bala de cañon le hubiese penetrado en medio del pecho. Abrió los brazos, dió un grito exclamando: ¡Dios mio, se perdió todo!» y paseándose azorado por el aposento, repitió muchas veces aquellas palabras en medio de una agitacion, de unos padecimientos increíbles.

El rey recibió la noticia con mas firmeza, y contestó á lord Germaine, protestando de su propósito de llevar las cosas á su extremo. Y lo particular es que lord Germaine se apercibió de que, haciendo caso omiso de su exactitud germánica, el rey no habia consignado

neral en jefe de nuestro ejército está á la derecha.»—Le acompañé hasta allí, y, al levantar el general inglés su espada, Washington, anticipándose, le dijo: «*Never from suck good a hand.*» (Nunca de mano tan buena.)

»La guarnicion desfiló entre las dos lineas, mas allá de las cuales dispuse que aquella se colocara en orden de batalla, y formara pabellones. Los oficiales ingleses daban muestras del mas vivo despecho, y recuerdo que el coronel Abercrombie, de las guardias inglesas, el mismo que despues murió en Egipto en el campo de batalla que acababa de ser teatro de su triunfo, en los precisos instantes en que sus tropas deponian las armas, se alejó precipitadamente, cubriéndose el rostro y mordiéndose la espada.»

en el despacho la *hora ni el minuto* de la recepcion, como en prueba manifiesta de que estaba agitado.

La noticia llegó á Paris en 26 de noviembre de 1781. Franklin escribió á John Adams, que se hallaba en Holanda, lo siguiente: «Os doy el parabien de esas buenas nuevas. Hércules, niño aun, en su propia cuna ha aplastado la segunda serpiente. La primera fué el general Burgoyne.» La comparacion satisfizo suficientemente á Franklin, para que mas tarde se grabara en una medalla bajo su direccion, con el lema: *Non sine diis animosus infans.*

Esos son los recuerdos que los franceses dejaron en aquellos apartados paises, recuerdos que debia perpetuar el general La Fayette hasta el 30 de mayo de 1834, recuerdos que Tocqueville se complacia en traer á la memoria, recuerdos que, el que estas líneas escribe, invoca como una de las glorias mas legítimas de Francia.

Engrandézcase en buen hora América, adquiera gloria y prosperidad, consérvase unida, sea no un pueblo sino un mundo; pero no olvide jamás que sin ambicion, sin recelo, sin interés, Francia estuvo velando junto á su cuna. Nunca pierda de vista esa escarpela blanca y negra que le recuerda que los franceses derramaron su sangre para conquistarle la independencia y darle un continente.

CAPÍTULO XXI.

Paz de 1783.—Washington se retira á la vida privada.

El dia designado para la apertura del Parlamento era el 27 de noviembre de 1781. Al fijarse esa fecha, no se sabia nada de la capitulacion de Cornwallis. Recibida la noticia, fué menester enmendar el discurso de la Corona, y el rey declaró: «Que faltaria á sus deberes en calidad de soberano de un pueblo libre, si por el amor que personalmente tenia á la paz, ó por consideraciones á la tranquilidad momentánea del país, sacrificaba aquellos derechos esenciales, aquellos intereses permanentes, de los cuales dependian, en lo sucesivo, la fuerza y la seguridad de la nacion¹.» Y en su consecuencia recomendó que se desplegaran esfuerzos *vigorosos, animados y unidos*².

Ese lenguaje resuelto, tuvo alguna aceptacion en el Parlamento; halló empero, oposicion abierta en las Cámaras. En la de los Comunes, Fox fué excesivamente severo. Acusó al ministerio de locura y traicion, y concluyó diciendo: «No diré que, en mi concepto, los ministros son asalariados de Francia, que no me es posible aducir pruebas de ello; pero me aventuro á decir que merecerian ser pagados por el enemigo³.»

Lord North rechazó con desden esa injuria gratuita. «Hemos sufrido, dijo, un desastre en Virginia; pero ¿debemos por eso echarnos al suelo y morir? No, esa desgracia debe movernos á obrar; unidos, podemos salvarnos; abandonándonos á la exasperacion,

¹ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. II, pág. 302.

² Lord Mahon, tom. VII, pág. 131.

³ Id. id. id. pág. 132.